

Sociología de la vehemencia: palabras acerca de Demetrio Taranda

Por Mariana Giaretto y Laura Blanco¹

Estas palabras no pretenden recordar a Demetrio porque nos negamos a reducirlo a un simple recuerdo. Tampoco aspiran a definir sus principales contribuciones a la sociología en particular y, a las ciencias sociales en general de la región, porque nos negamos a objetivarlo e instrumentalizarlo. Lo que estas líneas pretenden es reinscribir afectiva e intelectualmente algunas de las principales marcas de su forma de hacer sociología.

Incesante búsqueda y reconocimiento

En su trabajo académico, Demetrio sostuvo la cualidad de buscar incesantemente claves teóricas y analíticas para explicar y comprender los conflictos sociales. Los problemas sociales eran sin duda para él, conflictos, manifestaciones de contradicciones profundas, del antagonismo fundamental de la sociedad capitalista: el antagonismo entre capital y trabajo. Las formas histórico-concretas que adquirirían esos conflictos eran fuentes de interpelación que Demetrio no esquivaba por convicción. Lejos del empirismo sin conceptualización, en sus trabajos rondaban incesantemente los clásicos de la sociología: Durkheim, Marx y Weber, también Simmel. Tal vez su nivel de autoformación –también incesante- en algunas ocasiones implicó dar por supuesto el punto de partida, naturalizar el trasfondo del análisis e imponer un marco teórico posible como si fuera el único posible. Pero su disposición –a veces excesiva- a batirse a duelo con quien estuviese dispuesto a discutir desde la teoría, saldaba aquella naturalización inicial.

Además de reivindicar incesantemente a los clásicos, Demetrio combinaba el rechazo a las modas académicas con una actualización permanente de nuevas y desconfiadas lecturas. Pero su activa desconfianza no le impedía reconocer los aportes de autores contemporáneos como Bourdieu, Merton, Giddens, entre otros. Había que leerlos rigurosamente y desde allí darles discusión.

En los vínculos y relaciones académicas, Demetrio sostenía esa actitud de búsqueda y reconocimiento, claro que mediando discusiones, contradicciones, tensiones. En esa búsqueda algunxs jóvenes fuimos interpeladxs por su manera de posicionarse, de hacer sociología, vinculándose con el afuera y el adentro de la universidad. Demetrio lejos del

¹ Docentes e investigadoras del Dpto. de Ciencias Políticas y Sociales, Fadecs, UNCo. Compañeras de trabajo de Demetrio Taranda.

encapsulamiento académico, fue un sociólogo abierto a generar discusiones en la opinión pública, a utilizar los medios para inscribir formas disruptivas de pensar lo social.

En esa interpelación, Demetrio era capaz de reconocer en el otro un interlocutor válido a quien darle batalla, y si no lo reconocía como tal, aun así, no dudaba en darle batalla, porque la batalla intelectual, teórica y política era la arena a la que había decidido apostar.

Análisis riguroso y crítica implacable

Cuando gran parte de lxs investigadorxs de las ciencias sociales nadaban relajadamente en las aguas de los estudios cualitativos, Demetrio insistía en la necesidad de construir conocimiento cuantitativo, sin por eso desconocer la riqueza del enfoque cualitativo, pero asumiendo la tarea de explicar la realidad en sus aspectos más duros. Pasaba horas y horas construyendo conocimiento, bajo la forma del dato, denominado, duro, para poder comprender y hacer comprensible las estructuras, esa realidad rebelde y oculta al vistazo rápido. Relacionando esa estructura con las clases sociales, con el Estado, con los procesos históricos de legitimación que nos permiten comprender y explicar la complejidad del entramado social.

La profunda rigurosidad de su labor académica evitaba el pensamiento meramente fenomenológico que sucumbiera en el análisis reificado de lo social: *toda reificación es olvido*, solía decir.

La cosificación de las relaciones sociales y del pensamiento acerca de lo social, era un nudo central de sus preocupaciones, ligada indisolublemente a su concepción materialista de la historia con marcadas aristas weberianas. De allí que, el mundo del trabajo, la organización de la clase trabajadora, el papel del Estado y de la ideología en la dominación capitalista, ocuparan especiales lugares en las temáticas abordadas.

Pero el ejercicio analítico cuando no avanza sobre la crítica se queda en pose erudita, y eso Demetrio lo sabía y bien. La crítica era un método y no sólo eso, era una manera de ver el mundo y no sólo eso, era una manera de vincularse, un modo de ser. La crítica en Demetrio era implacable, negativa, sin posibilidad de superación inequívoca, por lo que la búsqueda era sinuosa e incierta para el que estuviera dispuesto a acompañarlo.

Vehemencia dialéctica

En sus contradicciones, sus acaloradas discusiones, en su compleja humanidad, la dialéctica se convertía en visión de mundo. Encontrar a alguien con quien debatir sobre Marx,

Gramsci, Therborn, sobre el capitalismo en general, sobre los avatares de la docencia, la crisis de la universidad, la decadencia de la clase política, los vericuetos de las organizaciones obreras, y también de literatura, música, cine –ruso en lo posible y con un vino mediante- no era solo un hallazgo, sino una construcción en la que él era mentor y parte.

“No estoy enojado, soy vehemente.” Sin medias tintas, con tono elevado, esquivando la tibieza y viviendo tozudamente, Demetrio Taranda hizo de la sociología un acto de vehemencia, pedagógico y político que en su presencia ausente nos interpela una y otra vez en nuestras prácticas docentes, nos guste o no.